

deis la bondad de tomar todas las medidas propias para impedir un desastre militar y político, mas considerable que los que hemos sufrido hasta aquí.

“Vuestro muy adicto,

MAXIMILIANO.”

Maximiliano pensaba aún en invocar el tratado de Miramar, desgarrado hacia tres meses, y cuando el emperador Napoleon habia declarado á M. Bigelow que no queria emprender nuevas espediciones para reducir á los disidentes.

XIV.

Se habia anunciado que el comisionado francés estaba á dos jornadas de la capital. Resuelto á evitar su encuentro, hizo apresurar los preparativos para ir á encontrar á la emperatriz Carlota, segun lo habia anunciado. Pero se habia evaporado ya la noticia del envío á Veracruz de los bagages de su casa y de su comitiva, y se sabia que tres escuadrones de húsares austriacos, llamados á México, con pretesto de que descansaran de sus fatigas, estaban listos para marchar. La noticia de la partida probable del soberano, produjo una viva sensacion entre la poblacion de México.

La historia escluye el romance; sin embargo, aquí el historiador no puede relatar sin emocion esa escena de duelo que llenó de luto los últimos momentos que pasó el emperador en el palacio de Chapultepec.

Se aproximaba la hora de la partida: el soberano, agotado por la fiebre y vencido por los acontecimientos, pensaba en sus esperanzas rotas, y soñaba en su país natal, que habia estrañado tantas veces, y se estremecia á los ecos lejanos del cañon de Sadowa y de Lissa. Se le entregó un despacho telegráfico remitido de los Estados- Unidos. Anunciaba que la razon de la emperatriz Carlota habia sufrido

un sacudimiento. Hay desgarramientos, hay protestas del alma herida contra el destino, y luchas de desesperacion que la pluma no puede describir.

La ciudad entera, adonde la emperatriz era adorada, quedó llena de desolacion. Maximiliano dió la orden de partir durante la noche, y en la mañana del dia 20 de Octubre, anunció al mariscal que se alejaba de México.

“Alcázar de Chapultepec, 20 de Octubre de 1866.

“Mi querido mariscal:

“Profundamente me han conmovido las palabras de consuelo y de pésame que acabais de enviarme á nombre vuestro y de la mariscal. Por ello os espreso aquí mi mas vivo y profundo reconocimiento. El terrible golpe de estas últimas noticias, que han herido tan gravemente mi corazon, y el mal estado de mi salud causado por las calenturas intermitentes que tengo hace tanto tiempo, y que en estos últimos dias naturalmente han aumentado, me obligan á buscar por algun tiempo un clima mas suave, segun la espresa voluntad de mis médicos.

“Para encontrar al correo extraordinario que me anuncian de Miramar, y cuyo contenido aguardo con una ansiedad fácil de comprender, tengo intencion de partir para Orizaba.

“Con la mayor confianza encomiendo á vuestro tacto la conservacion de la tranquilidad de la capital y de los puntos mas importantes que ocupan hoy las tropas de vuestro mando.

“En estas circunstancias dolorosas y difíciles, cuento mas que nunca con la lealtad y la amistad que siempre me habeis demostrado.

“Seguiré el itinerario adjunto, y llevaré conmigo los tres escuadrones de húsares del cuerpo de voluntarios austriacos, y los hombres disponibles de la gendarmería.

“Esta carta os será entregada por el consejero de Estado Herzfeld, mi antiguo compañero en la marina, á quien pongo á vuestra disposicion para *que os ministre todos los datos necesarios.*

“Os reitero, lo mismo que á la mariscal, mi viva gratitud por vuestros tiernos sentimientos, que tanto bien han hecho á mi pobre corazon.

“Recibid, mi querido mariscal, todas las seguridades de mi sincera amistad.

MAXIMILIANO.”

En aquel momento crítico en que la adhesion podia ser peligrosa, el Sr. Lares se presentó en Palacio, y declaró en nombre de sus colegas, que todo el ministerio se retiraria si el emperador salia de México. M. Herzfeld lo avisó inmediatamente al cuartel general.

“México, 20 de Octubre de 1866.

“Exelencia.

“El Sr. Lares acaba de presentar la dimision de todo el ministerio, y ha declarado que desde el momento en que el emperador saliera de la capital *ya no habria gobierno.* Estando S. M. en un estado de debilidad estrema, é insistiendo en partir, será preciso tomar algunas medidas. Suplico á V. E. aconseje aún esta noche al emperador.

“Soy, etc.

HERZFELD.”

Instruido de este grave incidente el mariscal Bazaine, escribió al momento al presidente del consejo, que era faltar á la lealtad y á la generosidad abandonar al emperador á aquella hora, despues de haber solicitado su confianza en-

tera, y que tomara ciertas medidas contra los ministros si persistían en su resolución.

Sin esta decisión enérgica y exigida por las circunstancias, todo el gobierno del país quedaba repentinamente en manos del jefe francés, en los momentos en que datos precisos, recibidos en el cuartel general, probaban que todos los partidos estaban á punto de levantarse en masa contra los extranjeros, y asesinar los pequeños destacamentos franceses, que estaban muy diseminados en el territorio, en una nueva noche de las Vísperas Sicilianas. Al caer el día, M. Herzfeld vino al cuartel general de Buena-Vista, á pedir consejo sobre la situación, de parte de Maximiliano.

Entre tanto los ministros intimidados contestaban que serían muy felices continuando en el desempeño de su cargo. El mariscal, á quien el enviado de Maximiliano participó confidencialmente el proyecto definitivo del soberano, decidido á abdicar, respondió que S. M. podía partir y viajar con seguridad, y que él se encargaba de todo. El general en jefe pensaba, en efecto, que las esperanzas de la monarquía se desvanecían, y no se sentía con valor de detener á Maximiliano, á quien dejaba en libertad para que siguiera sus propias inspiraciones. Sobre todo, era preciso ganar tiempo, á fin de que pudiesen los destacamentos franceses, que á aquella fecha estaban aún á seiscientas leguas de México, reunirse en masa y replegarse sobre el grueso del ejército. Una abdicación brusca debía desencadenar la insurrección de todo el país; para evitarlo era preciso que Maximiliano pretestase una ausencia temporal, que permitiese instalar una regencia, de modo que se pudiera conducir suavemente al país á otra forma de gobierno. Solo una abdicación fechada en Europa podía prevenir un gran sacudimiento y servir de salvaguardia á nuestro ejército. Tal era el plan que el mariscal deseaba que aceptase Maximiliano. A las siete de la noche, el príncipe esperaba con im-

paciencia en su palacio la respuesta del cuartel general. Cuando la recibió, se paseaba recorriendo la pieza, poseído de una grande agitación; después de la lectura pareció más tranquilo. Las últimas palabras que pronunció, antes de salir de Chapultepec, revelaban todos sus pensamientos. —“No puedo dudar, dijo, mi esposa está loca. Esas gentes me matan lentamente; estoy agotado: me voy. Dad al mariscal las gracias por esta nueva prueba de adhesión. Esta noche parto, y si desearé escribirme, hé aquí el itinerario que seguiré.”

A las dos de la mañana del día 21 de Octubre, tres carruajes escoltados por tres escuadrones de húsares, y por los gendarmes húngaros, rodaban por la calzada de la *Piedad*. El padre Fischer, el ministro Arroyo, el coronel de Kodolich y el doctor Bash, acompañaban al emperador á Orizaba, adonde debía tomar una resolución definitiva y solemne, presentada ya por la opinión pública. En la tarde misma, Maximiliano, que había ido á pernoctar á la *hacienda* de Zoquiapa, escribía una carta enteramente confidencial, que un oficial austriaco llevaba en la noche al cuartel general francés. Esta carta no era sino el corolario de la entrevista del mariscal y de M. Herzfeld.

Hacienda de Zoquiapa, 21 de Octubre de 1866, (en la tarde.)

“Mi querido mariscal:

“Mañana me propongo depositar en vuestras manos los documentos necesarios para poner un término á la situación violenta en que se encuentra, no solo mi persona, sino todo México. *Estos documentos deberán permanecer reservados hasta el día que os indique por el telégrafo.*

“Tres cosas me preocupan, y quiero de una vez desprender la responsabilidad que respectó á ellas me incumbe.

“La primera es, que las cortes marciales dejen de intervenir en los negocios políticos;

“La segunda, que de hecho sea revocada la ley de 3 de Octubre;

“La tercera, que por ningun motivo haya persecuciones políticas, y que cese toda especie de hostilidad.

“Deseo que llameis á los ministros Lares, Marin y Tavera, á fin de convenir las medidas indispensables para asegurar estos tres puntos, *sin necesidad de que traspiren en algo mis intenciones espresadas* en el primer párrafo.

“No dudo que agregueis esta nueva prueba de verdadera amistad á todas las que me habeis dado, y anticipadamente os doy por ello las gracias, al mismo tiempo que os renuevo las seguridades de la consideracion y amistad que os profeso.

MAXIMILIANO.”

Como se vé, Maximiliano recomendaba con empeño que no se dejase traspasar, ni aun á su mismo consejo, su proyecto de abdicacion: en segundo lugar, suplicaba al mariscal que reuniese á los ministros para comunicarles sus órdenes, tanto mas importantes, cuanto que debia derogarse la ley de 3 de Octubre. En los momentos en que iba á dejar el país, no queria que corriese mas sangre inútilmente. Al dia siguiente, el 22 en la mañana, el general en jefe, aunque el gobierno francés le hubiese recomendado que no se mezclase en la política, se apresuraba, por abnegacion al emperador Maximiliano, á reunir á los Sres. Lares, presidente del consejo, Marin, ministro de Gobernacion, y Tavera, ministro de la Guerra. Les manifestó oficialmente las voluntades de su soberano, y dió la órden de que se ejecutasen. Es necesario agregar que los ministros Lares y Marin se declararon poco dispuestos á acceder á las ideas generosas de Maximiliano. El mariscal por su parte avi-

só al emperador que se habian cumplido sus órdenes, pero que no podia hacer cesar las hostilidades en los puntos adonde los disidentes y las partidas que no habian reconocido la intervencion viniesen á atacar á las tropas francesas. En efecto, el cuartel general no tenia poder para firmar un armisticio con los liberales. No le tocaba modificar con su autoridad privada el programa militar del cuerpo expedicionario, cuya mision era defender el imperio. La evacuacion, además, continuaba su curso, y el número de plazas ocupadas por nuestras armas, disminuia cada dia.

Esta vez tambien cambi6 Maximiliano de proyecto: porque no llegó á dirigir al mariscal ni los graves documentos, ni el despacho telegráfico anunciados en su carta confidencial del 21 de Octubre. Un incidente, importante de relatar, marcó el principio del viaje del jóven soberano. Los relevos de la comitiva imperial estaban dispuestos intencionalmente, de manera que el general Castelnau no pudiese encontrar á Maximiliano. Sin embargo, los dos viajeros se encontraron por un instante en el pueblo de Ayotla, á la hora del almuerzo, y aunque el enviado de Napoleon III procuró tener acceso con el jóven emperador, tuvo que resignarse á partir sin haber obtenido una audiencia.

El viaje del emperador terminó rápidamente sin ser molestado por las guerrillas que, si no hubiera sido por el respeto que les infundió haberse desplegado en el camino nuestras tropas, habrian intentado un golpe de mano, pues tenian la intencion de apoderarse de su persona.

Los contingentes juaristas habian hecho movimientos de importancia por el lado de Oaxaca que acababa de amenazar Porfirio Diaz. Durante el trayecto, Maximiliano se alojó solamente en la casa de los clérigos. El 24 de Octubre dormia ya en el curato de Acatzingo. El camino que separa este pueblo de la Cañada, es fangoso durante las últimas lluvias, y lleno de arena durante el tiempo de secas.

El país es irregular y cubierto de bosques, adonde era preciso aumentar la vigilancia por las gavillas. Hubo un momento en que la comitiva del soberano se llenó de confusión.

En el camino, hacía adelante, se levantaba un grueso torbellino de polvo, entre el cual se distinguía una tropa numerosa vestida de rojo. Cuando se supo que era uno de los escuadrones de la contra-guerrilla francesa que había flanqueado el camino que tenía que recorrer S. M., cesó la alarma. Maximiliano se informó de las diferentes postas que ocupaban las contraguerrillas en la tierra caliente; después guardó ese silencio obstinado en que permaneció sumido desde su partida de Chapultepec. Al llegar á la Cañada pidió hospitalidad en el curato arruinado de ese pequeño pueblo. Pasó la noche tristemente en un cuarto glacial, y en la mañana del día siguiente, á las siete, continuó el cortejo su marcha para Orizaba. Una fuerte neblina se extendía por los desfiladeros de las Cumbres y velaba á lo lejos el valle. Durante todo el camino, Maximiliano fué atacado de calenturas: descendió del carruaje para bajar á pié los numerosos zizags de la gran cadena de montañas que domina las tierras bajas de la costa. Envuelto en un largo sobretodo gris, y con un sombrero blanco de falda pequeña, el emperador marchaba rápidamente con la cabeza inclinada, seguido de su fiel compañero el doctor alemán Bash. Algunas veces se detenía en las vueltas del camino para esperar á su escolta, y para arrojar una última mirada á aquellos horizontes que creía no volver á ver. A las once de la mañana el cura de Acultzingo, miserable caserío situado al pié de las Cumbres, ofreció una mezquina comida á Maximiliano. Cuando quisieron volverse á poner en camino, notaron que las ocho mulas tordillas del tiro de los carruajes de la corte, acababan de ser robadas, y hubo que aguardar dos horas largas para procurar otros animales que

se embargaron. El sol desaparecía ya en el horizonte cuando se llegó al gracioso pueblo del Ingenio hundido entre los árboles. A su entrada, á los lados del camino, una multitud de gente á caballo y á pié, y de clérigos seguidos de indios y de habitantes de Orizaba, esperaban al emperador para victorearlo á su paso y escoltarlo hasta la ciudad, que distaba aún dos kilómetros. Al divisar las torres de Orizaba, el coronel Kodolich dió orden á la caballería francesa de que hiciera alto, porque sabiendo S. M. que lo esperaba la población, deseaba entrar solo á las calles.

Una de las tendencias más marcadas de Maximiliano, que se reveló claramente durante todo su reinado, fué la de no mostrarse á su pueblo con mucha frecuencia rodeado de los franceses, por los cuales sentía en general una profunda antipatía. Un sabio crítico, M. Dubois, que ha publicado en el periódico intitulado el *Tiempo*, un análisis de los *Recuerdos de viaje* escritos por el mismo archiduque durante su juventud, hace notar la espresion de estos sentimientos desfavorables hácia la Francia. Aun concluye confesando que el estudio del carácter del príncipe, ha hecho rebajar á sus ojos al descendiente de Carlos V.—“Es necesario reconocer, agrega este escritor, que cuando Maximiliano aceptó la corona mexicana, otros habían blandido la espada por él, y sin embargo, no los amaba mucho. En efecto, en sus escritos se muestra lleno de prevención contra la Francia y los franceses. Solo el emperador Napoleon III quedó exceptuado de esa antipatía que contrasta mucho con el fanatismo del príncipe por los españoles. Desde 1852, algunos meses después del 2 de Diciembre, antes de la proclamación del imperio, el futuro emperador de México reconocía en el futuro emperador de los franceses, “*el espíritu poderoso de un hombre de Estado que domina á su siglo.*” Nadie duda que esta impresión no haya subsistido, y que hasta el momento decisivo no haya justificado la confianza que

tenia en sí mismo y en su estrella, para lo cual estaba naturalmente dispuesto. Pero es necesario repetir que en lo general el príncipe nos rehusa sus simpatías: es que no somos bastante católicos, ni bastante románticos. Acaso también las prevenciones que manifiesta provienen de ese resentimiento íntimo y profundo contra la Francia, que algunas veces pueden adormecer las necesidades políticas, pero que, por buenas ó malas razones, debe ser hereditario en la casa de Hapsbourg. Sea lo que fuere, al príncipe no le agrada nuestro idioma, y felicita al emperador Francisco José, por haberlo desterrado de su corte; no le agradan nuestras modas, y felicita á los españoles por no haberlas adoptado; pero lo que detesta sobre todo, son nuestras ideas y nuestro espíritu.”

Muchas cuestiones habrían podido ser resueltas por el mariscal, de una manera mas conciliadora, en conversaciones íntimas que por medio de la correspondencia; pero Maximiliano le habia recomendado frecuentemente que viniera pocas veces al palacio de México, porque pretendia el emperador, que las visitas del general en jefe podian interpretarse de una manera desfavorable á los mexicanos. Cuando residia en el retiro de su palacio de Chapultepec, le espresaba el deseo contrario. Esta misma regla de conducta se vuelve á encontrar en los últimos escritos de Maximiliano á su ministro de la Guerra, fechados en la ciudad de Querétaro: en ellos espresa cuánto le impacienta el yugo francés, y el placer que le causa la partida de la intervencion, á la que, sin embargo, le debia su trono. Esta actitud que tomó desde el principio de su reinado, carece de lógica.

XV.

Maximiliano hizo su entrada á la ciudad de Orizaba, llena de entusiasmo, en medio de una valla de infantería francesa y guardias nacionales, tendida en las calles y al ruido de los cohetes y repiques. Al momento se retiró á la casa de la opulenta familia de Bringas. El salon de Bringas, el mayor contrabandista de México, era el punto de reunion conocido de todos los enemigos de la intervencion, y recientemente habia habido allí muchas conferencias secretas que habia presidido á su paso Uraga, cuando iba á embarcarse al puerto de Veracruz. Durante la semana que el jóven emperador permameció en Orizaba no se mostró en público sino para ir á los baños. Desde que recibió el correo de Europa, que le traia noticias conmovedoras de la salud de la emperatriz, se retiró á la *hacienda de Jalapilla*, inmediata á la ciudad, y perdida entre los cafetales y las cañas de azúcar. Vacilaba aun abdicar; el padre Fischer, aprovechando su influencia sobre el jóven emperador, bajo el pretexto de que su espíritu y su cuerpo necesitaban mucho reposo, lo arrastró á aquella soledad. Las intrigas del partido reaccionario, que comprendia que con la ruina de la monarquía vendrian la ruina y el despojo definitivo del clero, disfrazaban á los ojos del soberano la importancia y la